

DISERTACIÓN BÍBLICA PARA ORADOR

JUSTIFICADOS POR LA FE

Un mensaje de gracia, paz y certeza en la obra terminada de Jesucristo

Mensaje dirigido a creyentes, membresía de iglesia y personas que aún buscan conocer el evangelio

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Romanos 5:1 - RVR1960

Personalizado por
Ruperto Bravo Benavente (R.B.B.)
Buenos Aires, Argentina - 2026

Antes de comenzar

Esta disertación fue preparada para ser leída o predicada con naturalidad. Conserva el fundamento doctrinal del estudio bíblico Justificados por la Fe, pero lo presenta con una voz cercana, comprensible y pastoral. Las pausas, preguntas y repeticiones son intencionales: ayudan a que la verdad no solo sea entendida, sino recibida en el corazón.

IDEA CENTRAL

La raíz es la gracia; la base es Cristo; el medio es la fe; el veredicto es la justificación; el resultado es paz y vida; y el fruto son buenas obras para la gloria de Dios.

Referencias bibliográficas: Santa Biblia, Reina-Valera 1960, y Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español de Francisco Lacueva. Las observaciones del griego apoyan la lectura del pasaje, pero nunca reemplazan su contexto bíblico completo.

Justificados por la Fe

Apertura: una palabra para toda persona

Amados hermanos, queridos amigos, y también quienes hoy nos escuchan sin considerarse todavía creyentes: quiero invitarlos a detener por un momento el ruido de la vida, las preocupaciones y esa voz interior que tantas veces nos acusa. Abramos el corazón a una de las verdades más gloriosas del evangelio: Dios justifica al pecador que cree en Jesucristo.

Tal vez alguien llegó pensando: «Yo no soy digno». Tal vez otro vino recordando errores que nadie más conoce. Quizás alguno ha tratado durante años de ganarse el favor de Dios, como si la vida espiritual fuera una escalera interminable y cada buena acción apenas permitiera subir un peldaño. Si ese es su caso, escuche con atención: el evangelio no anuncia lo que usted debe pagar; anuncia lo que Cristo ya pagó.

La Palabra de Dios no nos invita a ocultar la culpa ni a maquillar nuestra condición. Nos habla con verdad. Pero esa misma Palabra que descubre el pecado nos presenta al Salvador. Primero nos deja sin excusas; después nos muestra una gracia que no tiene medida.

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.”

Romanos 3:28 - RVR1960

Esta no es una frase secundaria: es el corazón del anuncio apostólico. Ser justificado significa que Dios, como Juez justo, pronuncia un veredicto favorable sobre quien está unido a Cristo por la fe. No afirma que nunca pecamos ni que alcanzamos perfección moral por nuestro esfuerzo. Declara que nuestra culpa fue llevada por Cristo y que, en él, somos recibidos como justos.

1. El problema que ninguno de nosotros puede resolver

Para comprender la grandeza de la justificación, debemos aceptar primero el diagnóstico de Dios. La Escritura dice que todos pecaron. Todos: el religioso y el indiferente; quien creció en una familia creyente y quien apenas comienza a buscar a Dios; quien posee una reputación respetable y quien carga una historia visible de fracaso.

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.”

Romanos 3:23 - RVR1960

Nosotros solemos compararnos unos con otros. Decimos: «No soy tan malo como aquel» o «he hecho más cosas buenas que malas». Pero Dios no nos compara con el vecino; nos muestra su propia santidad. Delante de esa santidad, toda boca se cierra. No hay argumento, trayectoria ni currículum religioso que pueda borrar la culpa.

La ley de Dios es santa y buena. Enseña lo recto, revela el carácter de Dios y pone al descubierto el pecado. Sin embargo, puede señalar la herida, pero no convertirse en la medicina; puede mostrar la deuda, pero no pagarla; puede decir que quebrantamos el mandamiento, pero no volver inocente al transgresor.

Pensemos en un espejo. El espejo puede mostrar que nuestro rostro está manchado, pero no puede lavarlo. Sería absurdo frotarnos la cara con el espejo. De la misma manera, la ley revela nuestra necesidad, pero nos conduce fuera de nosotros mismos: nos conduce a Cristo.

PAUSA DE REFLEXIÓN

La pregunta no es: «¿He logrado ser mejor que otros?». La pregunta es: «¿Dónde encontraré la justicia que necesito delante de un Dios santo?»

2. Dios hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer

Aquí aparece la expresión que cambia toda la historia: «Pero ahora». Después de demostrar que todos somos culpables, Pablo anuncia que la justicia de Dios se ha manifestado aparte de la ley. No nació del esfuerzo humano. Vino de Dios, fue prometida por los profetas y revelada plenamente en Jesucristo.

Dios no pasó por alto el pecado como si fuera insignificante. Si lo hubiera hecho, no sería justo. En la cruz, la justicia y el amor se encontraron. Jesucristo, el Hijo de Dios, vivió sin pecado, tomó voluntariamente nuestro lugar, llevó nuestra culpa, derramó su sangre y murió por nuestros pecados. Y al tercer día resucitó.

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”

Romanos 3:24 - RVR1960

Observe esas palabras: gratuitamente, por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Gratuita para nosotros no significa barata. A nosotros se nos ofrece como regalo; a Cristo le costó la cruz. La salvación no se compra con dinero, penitencias, promesas ni años de servicio. Fue adquirida por la sangre preciosa del Cordero.

Isaías había anunciado al Siervo que llevaría las iniquidades de muchos. Juan el Bautista señaló a Jesús como el Cordero de Dios. Pablo resumió el evangelio recordando que Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó conforme a las Escrituras. La base de nuestra aceptación no es nuestra actuación cambiante, sino la obra terminada de Jesucristo.

Cuando la conciencia lo acuse, no presente delante de Dios una lista de méritos. Presente a Cristo. Cuando el pasado vuelva a su memoria, recuerde la cruz. Cuando sienta que su fe es pequeña, mire la grandeza del Salvador. La seguridad no descansa en la fuerza de la mano que recibe, sino en la fidelidad de Aquel que sostiene.

3. La fe: la mano vacía que recibe el regalo

Entonces, ¿qué lugar ocupa la fe? La fe no es el precio de la salvación ni una obra más refinada con la que compramos el favor de Dios. La fe es la mano vacía que recibe el regalo. Es dejar de confiar en nuestra propia justicia para descansar en Jesucristo.

Creer no es solamente admitir que Jesús existió. Los hechos del evangelio reclaman confianza personal. La fe dice: «Señor, no tengo otro refugio. No puedo salvarme a mí mismo. Creo que moriste por mis pecados y resucitaste. Descanso en tu promesa».

Por eso, arrepentimiento y fe no son enemigos. El arrepentimiento describe el giro: reconozco mi pecado, abandono mi autosuficiencia y me vuelvo a Dios. La fe describe el descanso: deposito mi confianza en el Señor Jesucristo. Me vuelvo del pecado y de mí mismo; me vuelvo hacia Cristo.

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.”

Hechos 16:31 - RVR1960

Recuerde al publicano de la parábola. El fariseo presentó su historial, sus prácticas y su comparación con los demás. El publicano no quería ni alzar los ojos; reconoció su necesidad y pidió misericordia. Jesús dijo que este volvió a su casa justificado. No porque su pecado fuera pequeño, sino porque dejó de justificarse a sí mismo y se entregó a la misericordia de Dios.

Recuerde también al ladrón en la cruz. No tuvo tiempo para construir una reputación nueva ni acumular obras religiosas. Reconoció su culpa, vio quién era Jesús y se encomendó a él. La respuesta del Señor fue una promesa inmediata. Allí vemos la gracia sin adornos: un pecador sin méritos y un Salvador completamente suficiente.

4. Abraham: promesa recibida, no salario ganado

Mucho antes de la ley de Moisés, Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Romanos 4 usa este ejemplo para mostrarnos la diferencia entre salario y gracia. Cuando una persona trabaja y recibe su pago, ese pago es deuda, no regalo. Pero la justificación no es salario por servicios religiosos. Dios justifica al impío que cree.

La palabra griega traducida «contar» o «acreditar» -logízomai- comunica la idea de poner algo a cuenta. Abraham no presentó una justicia perfecta fabricada por él. Confió en la promesa de Dios, y Dios le acreditó justicia. Luego su vida obediente demostró que aquella fe era real, pero su obediencia no compró el veredicto.

David expresó la dicha del hombre cuyas iniquidades son perdonadas y a quien Dios atribuye justicia sin obras. El creyente no vive intentando transformar el regalo en salario. Vive agradecido porque recibió lo que nunca habría podido ganar.

5. Paz con Dios: el veredicto que cambia nuestra posición

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Romanos 5:1 - RVR1960

La paz de Romanos 5 no es solamente una emoción tranquila. Es una realidad objetiva: terminó la enemistad judicial. El culpable que estaba lejos ha sido reconciliado. Ahora tiene acceso a la gracia y esperanza de la gloria de Dios.

Nuestras emociones cambian. Hay días de alegría y otros en que avanzamos con lágrimas. Pero el veredicto de Dios no sube y baja con nuestro estado de ánimo. Si la justificación dependiera de la intensidad de nuestras emociones, nunca tendríamos descanso. Gracias a Dios, depende de Cristo.

Romanos 8 lleva esta certeza a su culminación: ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. Luego pregunta: si Dios es el que justifica, ¿quién acusará? Cristo murió, resucitó y además intercede por nosotros.

VERDAD PARA AFIRMAR

Mi seguridad no descansa en que yo nunca pueda fallar. Descansa en que Cristo nunca falla: murió, resucitó e intercede por los suyos.

Esto no nos vuelve descuidados; nos vuelve agradecidos. No obedecemos aterrados, intentando conseguir que Dios finalmente nos ame. Obedecemos porque, en Cristo, hemos sido amados y aceptados. No trabajamos para entrar en la familia; servimos porque fuimos recibidos como hijos.

6. No por obras; creados para buenas obras

Aquí debemos mantener el equilibrio de la Palabra. La Biblia excluye las obras como causa de nuestra justificación, pero las afirma como fruto de una fe viva. Efesios dice que somos salvos por gracia, por medio de la fe, no por obras; e inmediatamente añade que somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras.

Las obras no son la raíz del árbol; son su fruto. Un árbol no está vivo porque le peguemos frutos desde afuera. Da fruto porque tiene vida en su interior. De igual manera, las obras no producen la nueva vida; la nueva vida, obrada por Dios, comienza a producir amor, obediencia, servicio, generosidad y santidad.

Pablo protege la gratuidad del evangelio: nadie puede ser justificado por obras de la ley. Santiago protege la autenticidad de la profesión: una fe que solo existe en palabras, sin misericordia ni obediencia, está muerta. No se contradicen; responden preguntas diferentes.

Pablo pregunta: «¿Cómo es aceptado el culpable delante de Dios?». Respuesta: por gracia, mediante la fe, aparte de las obras. Santiago pregunta: «¿Qué valor tiene decir que uno cree si su vida no muestra ninguna realidad?». Respuesta: una profesión sin fruto no demuestra una fe viva.

Abraham creyó la promesa en Génesis 15. Muchos años después, en Génesis 22, su obediencia hizo visible y madura aquella fe. La obra posterior no creó retroactivamente la fe; la manifestó. Somos justificados por la fe, pero la fe que justifica no desea permanecer estéril.

7. La gracia que salva también enseña

Algunos temen que predicar la gracia con claridad conduzca al libertinaje. Pablo ya enfrentó esa objeción: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?». Su respuesta es firme: de ninguna manera. El creyente ha sido unido a Cristo en su muerte y resurrección y ha recibido una nueva identidad.

La gracia no solo perdona; también educa. Tito enseña que la gracia salvadora nos instruye a renunciar a la impiedad y a vivir sobria, justa y piadosamente mientras esperamos a nuestro Salvador. El Espíritu Santo, que sella al creyente, también lo santifica y produce su fruto.

Cuando caemos, no regresamos al sistema del mérito. Confesamos el pecado, miramos otra vez a Cristo, recibimos la corrección del Padre y continuamos caminando. La disciplina del Padre no significa que dejó de ser Padre; confirma que nos trata como hijos. La gracia no minimiza el pecado: nos libra de su condenación y comienza a romper su dominio.

Por eso, la santidad cristiana nace de la identidad recibida. No decimos: «Haré buenas obras para que Dios quizá me justifique». Decimos: «Dios me justificó por gracia en Cristo; ahora quiero vivir para Aquel que murió y resucitó por mí».

8. Los regalos que acompañan la justificación

Cuando Dios justifica, no entrega una palabra vacía. En Cristo vienen bendiciones reales: perdón completo, paz con Dios, acceso a la gracia, ninguna condenación, vida eterna, adopción, herencia, el sello del Espíritu y esperanza de gloria.

El perdón responde a nuestra culpa: la deuda ha sido remitida. La justificación responde a nuestra posición: somos contados justos en relación con Cristo. La reconciliación responde a nuestra enemistad: hemos sido acercados. La adopción responde a nuestra orfandad: somos recibidos como hijos. El sello del Espíritu responde a nuestra inseguridad: Dios mismo garantiza la herencia prometida.

“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación.”

Juan 5:24 - RVR1960

Observe el tiempo de los verbos: tiene vida eterna; no vendrá a condenación; ha pasado de muerte a vida. Cristo no habla de una posibilidad distante para quien logre reunir méritos suficientes. Habla de una posesión presente y de una transición realizada por aquel que oye y cree.

Primera de Juan afirma que estas cosas fueron escritas para que quienes creen en el nombre del Hijo de Dios sepan que tienen vida eterna. La certeza cristiana no es arrogancia cuando descansa en la promesa de Dios. Arrogancia sería confiar en nuestra propia justicia; humildad es creer lo que Dios ha dicho acerca de su Hijo.

9. Una palabra para quien todavía intenta justificarse

Permítame hablar ahora al corazón. Tal vez usted conoce los textos, participa de la vida de la iglesia y procura hacer el bien, pero en lo profundo todavía negocia con Dios. Cuando siente que se portó bien, se acerca confiado. Cuando reconoce que falló, piensa que debe esconderse hasta recuperar algún mérito.

Ese ciclo es agotador porque coloca la mirada en uno mismo. El evangelio nos invita a mirar fuera de nosotros: a Cristo. Su sacrificio no necesita un complemento. Su justicia no necesita que añadamos la nuestra. Su resurrección confirma que la obra fue aceptada.

Filipenses 3 muestra a Pablo dejando a un lado sus credenciales religiosas para ser hallado en Cristo, no teniendo justicia propia procedente de la ley, sino la que viene de Dios por la fe. Si el apóstol no descansó en sus logros, tampoco nosotros encontraremos paz en los nuestros.

INVITACIÓN

Deje de presentar su propio expediente como base de aceptación. Venga con las manos vacías. Cristo es suficiente para salvar completamente a quienes por él se acercan a Dios.

10. Confesión de fe y llamado final

Amados, la doctrina de la justificación por la fe no fue dada para permanecer en una tabla, una biblioteca o una discusión teológica. Fue dada para que el culpable encuentre perdón, el cansado encuentre descanso, el temeroso encuentre seguridad y el creyente encuentre una nueva razón para vivir en gratitud.

Si usted ha confiado en Cristo, no vuelva a ponerse las cadenas que él rompió. No viva como si cada día tuviera que comprar otra vez su aceptación. Recuerde quién es usted en Cristo. Acérquese al trono de la gracia. Confiese sus pecados. Reciba la corrección del Padre. Camine en las buenas obras que Dios preparó, no para ganar un lugar, sino porque ya fue recibido en el Amado.

Y si todavía no ha descansado verdaderamente en Jesucristo, hoy puede volverse a Dios. No espere sentirse digno. Cristo vino precisamente por pecadores. Reconozca su necesidad, abandone toda confianza en sí mismo y crea en el Señor Jesucristo. Él murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó. Su promesa es verdadera.

CONFESIÓN DOCTRINAL

No confío en mi propia justicia ni en el número de mis obras. Confío en Jesucristo, quien murió por mis pecados y resucitó. Dios justifica por gracia al que cree. Recibo su perdón, descanso en su promesa y deseo andar en las buenas obras que él preparó.

Conclusión

Volvamos a la frase central. La raíz es la gracia: todo nace de la iniciativa misericordiosa de Dios. La base es Cristo: su vida perfecta, su sangre derramada y su resurrección. El medio es la fe: la mano vacía que recibe. El veredicto es la justificación: Dios declara justo al creyente en relación con Cristo. El resultado es paz y vida. Y el fruto son buenas obras para la gloria de Dios.

No tenemos de qué jactarnos, pero sí tenemos mucho por lo cual adorar. No podemos señalar nuestros méritos, pero podemos señalar la cruz. No podemos decir que nos salvamos a nosotros mismos, pero podemos proclamar con gozo que Jesucristo salva.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe... no por obras... Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras.”

Efesios 2:8-10 - RVR1960

Que esta verdad aquiete nuestra conciencia, humille nuestro orgullo, encienda nuestra gratitud y fortalezca nuestra esperanza. Somos justificados por la fe. Tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. A él sea toda la gloria. Amén.

Oración final sugerida

Padre celestial, reconocemos que no tenemos justicia propia suficiente para presentarnos delante de ti. Te damos gracias porque enviaste a tu Hijo, Jesucristo, quien murió por nuestros pecados y resucitó. Gracias porque justificas gratuitamente por tu gracia al que cree. Ayúdanos a descansar en la obra terminada de Cristo, a vivir sin jactancia y a caminar en las buenas obras que preparaste. Que tu Espíritu produzca en nosotros amor, obediencia y una esperanza firme. En el nombre de Jesús. Amén.

Guía breve para la exposición oral

- Apertura: presente la carga humana de intentar ganar la aceptación. Lea Romanos 5:1.
- Necesidad: explique Romanos 3:23 y use la imagen del espejo: revela, pero no limpia.
- Obra de Cristo: subraye que la salvación es gratuita para nosotros, pero costó la cruz.
- Respuesta: defina la fe como confianza personal y la mano vacía que recibe.
- Certeza: proclame paz con Dios, ninguna condenación y vida eterna presente.
- Fruto: distinga con claridad raíz y fruto: no por obras, pero para buenas obras.
- Llamado: invite a abandonar la justicia propia y descansar en Cristo.

TIEMPO DE EXPOSICIÓN

Duración aproximada de exposición: 35 a 45 minutos. Puede extenderse a 45-50 minutos cuando se leen completos los pasajes, se realizan pausas de reflexión o se acompaña el llamado final con oración.

Fuentes consultadas

- Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Sociedades Bíblicas en América Latina.
- Lacueva Lafarga, Francisco. Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español. Editorial CLIE.
- Estudio base: Justificados por la Fe - Estudio bíblico resumido. Compilación y presentación editorial de Ruperto Bravo Benavente (R.B.B.), 2026.